

LA FRATERNIDAD EN LA POLÍTICA

Por Ana Maria Fons, tradução para o Espanhol do original: LUBICH, Chiara.
Fraternità in política. Barcelona 2002.

Señor Presidente del Parlamento, autoridades políticas,

Hoy tengo que exponerles un tema que, aparentemente, es muy general y característico, pero que es de una grande, extrema actualidad: la fraternidad.

Los dolorosos atentados terroristas de ayer en Kenya han confirmado una certeza en el corazón de muchos: hemos entrado realmente en un tiempo especial, que podría definirse como el “*Post 11 de setiembre de 2001*”, confirmado además por otros actos terroristas, como el de ayer justamente. Son tiempos de angustia, de miedos, no podemos negarlo. Pero porque en el corazón del hombre – también en el nuestro - la esperanza es lo último que muere, uno se pregunta: “¿Debemos tener sólo terror, sólo venganza en el alma? ¿Sólo propósitos de guerra? ¿No hay ningún signo en nuestro tiempo que pueda dejar espacio a algo menos trágico, a algo positivo, a una visión menos oscura del presente y del futuro?

Tal vez sí. Yo y sin duda otros no podremos olvidar, por ejemplo, lo que sucedió en Nueva York inmediatamente después del derrumbe de las torres: desconcierto infinito, sin duda, en los Estados Unidos y en muchas partes. Pero luego, un fenómeno inusitado: Nueva York se vio transformada, de esa maraña de dolor, de esa noche caída en pleno día se generó una solidaridad jamás vista; muros de indiferencia se derrumbaron ante una avalancha de ayudas concretas, de consuelo, de disponibilidad a hacer cualquier cosa para aliviar los dolores de los demás.

Y así Estados Unidos -país multirreligioso, multiétnico, multicultural- presentó al mundo una ciudad modelo de solidaridad y de unidad.

Fue como si los ojos de un pueblo se hubieran abierto de par en par y hubieran visto la necesidad absoluta de que se establezca la fraternidad, no solamente entre los americanos.

Esta exigencia se manifestó con toda su urgencia en los meses siguientes, cuando se analizaron las posibles, diversas causas del terrorismo. La fundamental — como todos sabemos — es el desequilibrio entre países pobres y países ricos, un desequilibrio que reclama una mejor distribución de los bienes, y que no será posible mientras la humanidad no se sienta invadida por un deseo ardiente y un apremiante compromiso de fraternidad universal.

La fraternidad universal no es una idea de hoy. Ya se la encuentra presente en la mente de espíritus grandes, como el Mahatma Gandhi, Martin Luther King, el Dalai Lama.

Pero quien indicó y trajo la fraternidad como un don esencial para la humanidad fue Jesús, que antes de morir rezó así: “Padre, que todos sean uno” (cf. Jn 17,21). Al revelar que Dios es Padre y que por eso los hombres somos todos hermanos, introdujo la idea de que la humanidad es como una familia. Y de este modo derribó los muros que separan a los “iguales” de los “diferentes”, a los amigos de los enemigos, y liberó al hombre de los vínculos que lo aprisionan, de las mil formas de subordinación y de esclavitud, provocando una auténtica revolución existencial, cultural y política.

Desde ese momento la idea de la fraternidad empezó a abrirse camino en la historia. Y todos estamos llamados a ella, incluso los que trabajan en política. Lo dijo por ejemplo la Revolución francesa, que en su lema “*Libertad, igualdad, fraternidad*” sintetizó el gran proyecto político de la modernidad, aunque fuera interpretado de forma muy limitada.

Y si bien numerosos países, al implantar regímenes democráticos, lograron poner en práctica, de algún modo, la libertad y la igualdad, la fraternidad en cambio fue más anunciada que vivida.

De todas maneras, como se ha dicho

“la lección del siglo veinte es que un futuro más humano pasa a través de la aceptación del trinomio bíblico (libertad, igualdad, fraternidad), purificado de lecturas ideológicas y dedicado a auscultar al hombre (...) que se vuelve a descubrir co-humanidad (...). El elemento básico del trinomio, que le da una garantía vital, es la fraternidad”¹.

No obstante que los conflictos que todavía se manifiestan en el planeta puedan decir lo contrario, y si otras oscuras previsiones dejan al hombre moderno con el corazón suspendido, no se puede negar que hoy el mundo tiende a la unidad, más aún, a la unidad global, universal; es un signo de los tiempos: muchos factores religiosos, sociales y políticos lo demuestran. Nos lo hacen comprender situaciones, exigencias, aspectos importantes de la realidad contemporánea.

Los medios de comunicación nos acercan a personas y pueblos materialmente muy lejanos.

Además, la globalización económica y financiera entretejió nuestros intereses, y por eso, lo que sucede en un país puede tener repercusiones materiales inmediatas en muchos otros países.

Y aún más: existen problemas que interesan a la humanidad en su conjunto. Lo sabemos: basta pensar en la cuestión ambiental y en particular en la ecología humana, en el desarrollo y la alimentación, en los problemas referentes al patrimonio genético de los diversos grupos humanos.

¹ S.Palumbieri, “*Homo planetarius*”: un uomo nuovo per i tempi nuovi.

Vivimos en un mundo que realmente se convirtió en una aldea. La humanidad hoy vive como si fuera un pequeño grupo, que todavía no logró desarrollar suficientemente una mentalidad capaz de respetar las distinciones aceptando la unidad, que es fundamental. Los conceptos tradicionales de raza, religión, cultura, Estado, se quebrantan delante de la complejidad de las situaciones.

Bien, es justamente la fraternidad la categoría mental capaz de abrazar la unidad y la distinción que anhela la humanidad contemporánea.

El mismo Juan Pablo II, hablando al Cuerpo Diplomático el 10 de enero de 2000, eligió la fraternidad como criterio para juzgar el siglo recién concluido. “¿Este siglo también fue el de la fraternidad?” se preguntó.

La fraternidad, entonces, es el ideal de hoy.
¿Pero cómo suscitar la fraternidad?

Para darle al mundo la fraternidad que genera una unidad espiritual, garantía de la unidad política, económica, etc., los instrumentos no faltan. Basta saber descubrirlos.

Uno, cuya eficacia no se descubrió del todo todavía, es el nacimiento en el mundo cristiano, en los primeros decenios de 1.900, de cientos de Movimientos y Comunidades eclesiales, como si fueran redes que abrazan a los pueblos, a las culturas y las diversidades. Son como un signo de que, empezando por nuestro continente, el mundo puede convertirse en casa de las naciones, porque ya lo es a través de estas realidades², si bien todavía a nivel de laboratorio.

Son Movimientos que merecen una gran estima, porque no son producto de programas o proyectos humanos, sino de dones, de carismas del Espíritu de Dios que conoce mejor que cualquier hombre y mujer de la tierra los problemas de nuestro planeta y está deseoso de contribuir a resolverlos.

Estos Movimientos, al ser fundados o estar compuestos preferentemente por laicos, son vehículo de un interés sentido y profundo por las vicisitudes humanas, con un reflejo en el campo civil, donde ofrecen realizaciones concretas en política, en economía, etc.

Se pusieron plenamente en evidencia tres años atrás, cuando la Iglesia se reconoció a sí misma y se presentó al mundo constituida por el aspecto carismático, además del institucional, el más adecuado para conducir al pueblo cristiano, a menudo secularizado por el contacto con el mundo, al radicalismo del Evangelio, siempre capaz de dar un rostro nuevo a la ciudad terrenal.

2 Cf. Aldo Giordano en el documental sobre la evangelización de los Movimientos.

Estos Movimientos, siguiendo cada uno su propio carisma, viven concretamente el amor de muchas maneras. Varios de ellos manifiestan la fuerza del Espíritu especialmente en la capacidad de que hombres y mujeres de nuestro planeta se abran a un diálogo profundo.

Una de tales realidades es el Movimiento de los Focolares, que cuenta con millones de miembros presentes en 182 naciones. Junto a otras organizaciones genera en esta época la unidad y la fraternidad en todas partes.

Diré algo de este Movimiento, que es el que mejor conozco, pero como un ejemplo entre muchos otros.

Son 4 los diálogos que pone en práctica desde hace casi medio siglo.

El diálogo dentro de la Iglesia, que la ayuda a ser cada vez más “comunidad”, esa comunión en la que la fraternidad y la paz están aseguradas.

El diálogo ecuménico en forma de “diálogo del pueblo”, que abraza, vivísimo, a cristianos de 350 Iglesias, transformados en una sola “familia cristiana”, casi como una porción del alma de la única Iglesia que seremos.

El diálogo con personas de otras religiones: musulmanes, hebreos, budistas, hindúes, sijs, etc. que hoy, por las corrientes inmigratorias, están presentes en todas partes. Este diálogo es posible por la así llamada “regla de oro”, común a las principales religiones de la tierra. Ella dice: *“No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti”* (cf. *Lc 6,31*). Esta Regla de oro, fundamentalmente, pide que se ame a cada prójimo; de ese modo nosotros cristianos amamos, y ellos, hindúes, musulmanes, hebreos, también aman, y se genera el amor recíproco del cual florece la fraternidad.

Este diálogo en el Movimiento de los Focolares ya fructificó una fraternidad completa y sentida con un Movimiento budista moderno de Tokio, que cuenta con 6 millones de miembros. Y con otro Movimiento musulmán afroamericano, de 2 millones de miembros, el cual, por el intercambio de dones que se realiza en el diálogo, nos abrió 40 mezquitas en Estados Unidos, donde podemos anunciar nuestras experiencias de fe, que tanto desean.

Y por último, el diálogo con nuestros hermanos que no profesan una fe religiosa, pero que también tienen inscrito en el ADN de su alma el deseo de amar. Y tal vez son la mayoría.

Pero ¿de dónde nacen estos frutos, que dan tanta esperanza en un único, nuevo Movimiento? El secreto está en una nueva línea de conducta, asumida por millones de personas que, inspirándose fundamentalmente en principios cristianos

– sin descuidar, al contrario, poniendo en evidencia valores
paralelos presentes en otros credos y culturas

– tratan de traer a este mundo fraternidad, paz y unidad.

Se trata de la “espiritualidad de la unidad”, personal y comunitaria al mismo tiempo, actual y moderna, presentada hoy a la Iglesia por el Santo Padre Juan Pablo II, para que todos la vivan, bajo el nombre de “espiritualidad de comunión”.

Dos son los puntos fundamentales de esta espiritualidad.

El primero es la unidad, esa unidad que Jesús le pidió al Padre antes de morir: *“Padre santo (...) que todos sean uno”* (cf. *Jn 17, 11-21*). Oración que pide la unidad de los cristianos con Dios y entre ellos, para hacerla extensiva después a todos y todas, en una fraternidad universal.

El segundo pilar es Jesús crucificado y abandonado, que en la cruz grita: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* (*Mt 27,46 y Mc 15,34*).

Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre, justamente por ser hombre había asumido todas nuestras culpas, nuestras divisiones, nuestros sufrimientos, y por eso el Padre había permitido que sintiera ese abandono dolorosísimo.

Pero Él, con un esfuerzo sobrehumano, había superado esta prueba tremenda y se había abandonado en el Padre diciendo: *“En tus manos... encomiendo mi espíritu”* (*Lc 23,46*), convirtiéndose así en el modelo para recomponer todo tipo de desunión, para sanar cualquier trauma.

Amándolo y siguiéndolo, pudimos contribuir a unir individuos y porciones de humanidad en cada pueblo, trabajando de este modo por la unidad de la familia humana.

El Movimiento de los Focolares aún siendo fundamentalmente religioso, durante estos años, desde 1948, prestó una atención especial al mundo político, hasta ver nacer de su seno en Nápoles, en 1996, el “Movimiento político de la Unidad” al servicio de ese mundo, del mundo político. Ahora se está difundiendo y organizando en todo el planeta. Forman parte de él políticos, administradores, funcionarios, estudiosos y ciudadanos, pertenecientes a diferentes corrientes políticas, a todas las corrientes políticas.

No es un partido nuevo, lógicamente, sino el portador de una cultura y una praxis política nuevas.

Cambia el método de la política. Aún permaneciendo fiel a la propia, auténtica ideología, el político de la unidad no ama solamente a los políticos de su partido sino a todos los demás, tratando de vivir en comunión con todos. Se comporta de este modo en el consejo municipal, en los partidos, en los diferentes grupos de iniciativa cívica y política, en los parlamentos nacionales y regionales. La unidad así experimentada es llevada como

fermento entre los mismos partidos, a las instituciones, a cada ámbito de la vida pública, a la relación entre los Estados.

El fin específico del “Movimiento de la unidad” entonces es: ayudar y ayudarse a vivir siempre la fraternidad; basándose sobre ella, creer en los valores profundos, eternos del hombre, y sólo después comenzar la acción política.

Estas son algunas ideas-fuerza del Movimiento político de la unidad.

En primer lugar, para el político de la unidad, la elección del compromiso político es un acto de amor con el cual él responde a una auténtica vocación, a una llamada personal. Él quiere dar respuesta a una necesidad social, a un problema de su ciudad, a los sufrimientos de su pueblo, a las exigencias de su tiempo. Quien es creyente advierte que es Dios quien lo llama a través de las circunstancias; el no creyente responde a una llamada humana que encuentra un eco en su conciencia: pero ambos ponen amor en su acción, y ambos encuentran su morada en el “Movimiento político de la unidad”.

En segundo lugar, el político de la unidad toma conciencia de que la política es amor desde su raíz; por eso comprende que también el otro, el adversario político, puede haber hecho su elección por amor. Y esto le exige que lo respete.

Es más, el político de la unidad desea fervientemente que también su adversario pueda realizar todo lo bueno de que es portador. De hecho este designio, si responde a una llamada y a una necesidad verdadera, es parte integrante de ese bien común que solamente juntos pueden construir. El político de la unidad, por lo tanto, ama no solo a los que le dan el voto, sino también a los adversarios; no solo a su propio partido, sino también al partido de los demás.

Dije esto en el Parlamento italiano, y alguien me comentó: “¡Este punto es un poco difícil!”

Otro aspecto de la fraternidad en política es la capacidad de saber escuchar a todos, también a los adversarios. Y de ese modo “haciéndose uno” con ellos, se comprende lo que viven. Hacerse uno ayuda a superar los individualismos, hace conocer aspectos de las personas, de la vida, de la realidad, que amplían también el horizonte político: el político que aprende a hacerse uno con todos será más capaz de entender y de proponer. “Hacerse uno” con el otro es un verdadero realismo político.

Además, el político de la unidad no puede quedarse pasivo delante de los conflictos, a menudo graves, que excavan abismos entre los políticos y los ciudadanos. Por el contrario, él da el primer paso para acercarse al otro y reanudar la comunicación interrumpida. Crear

una relación personal allí donde no existe, o donde sufrió una interrupción, a veces puede significar lograr desbloquear el proceso político.

La fraternidad encuentra plena expresión en el amor recíproco, del cual la democracia, entendida rectamente, tiene verdadera necesidad: amor de los políticos entre ellos, y entre los políticos y los ciudadanos. El político de la unidad no se contenta con ser el único que ama, sino que trata de llevar al otro, aliado o adversario, al amor, porque la política es relación, es proyecto común.

La última idea-fuerza es que *la patria de los demás debe ser amada como la propia*; la dignidad más alta para la humanidad sería la de no sentirse un conjunto de pueblos a menudo en lucha entre ellos, sino, por el amor mutuo, un único pueblo enriquecido por la diversidad de cada uno, y por eso mismo, en la unidad, garante de las diferentes identidades. Esto es lo que el Movimiento ha tratado de vivir en momentos incluso dramáticos, mediante gestos de amistad y de paz intercambiados por los nuestros de una y otra nación: gestos que tenían un profundo significado político.

Pero todos estos aspectos del amor político que realizan la fraternidad requieren sacrificio.

¡Cuántas veces la actividad política hace probar la soledad, la incompreensión incluso de parte de los más cercanos!

Bien, es aquí cuando viene en ayuda también del político el Cristo crucificado y abandonado, que resucita en el amor al Padre.

Y es así porque el político es quien abraza las divisiones, las rupturas, las heridas de su propia gente. Este es el precio de la fraternidad que se le pide al político: precio altísimo, como también es altísimo el premio. La fidelidad puesta a prueba hará de él un modelo, un punto de referencia para sus conciudadanos, el orgullo de su gente.

Estos son los políticos que el “Movimiento político de la unidad”, con la ayuda de Dios, desea generar, nutrir, sostener. Y no es una utopía. Nos los dicen algunos de los nuestros que nos han precedido en el cielo: Joseph Lux, vice-primer ministro de la República Checa, que supo conquistar la admiración de sus colegas y adversarios; o Domenico Mangano, que vivió la política en la administración municipal de Viterbo, al servicio constante de sus conciudadanos; o Iginio Giordani, cuyo proceso de canonización, recientemente comenzado, está mostrando el modo como vivió no sólo las virtudes religiosas, sino también las civiles: signo de que podemos hacernos santos no “a pesar de la política”, sino “a través de la política”.

El Movimiento de la unidad también está comprometido en el diálogo.

Diálogo, por ejemplo, entre gobierno y oposición. De esto tenemos experiencias sobre todo en las administraciones locales. Los nuestros que están en el gobierno reconocen los aportes positivos de la oposición y favorecen su papel de control.

La oposición, entonces, actúa mediante una crítica constructiva que no tiende a entorpecer la acción del gobierno sino a corregirla para mejorarla. En muchísimos casos la unidad entre los nuestros, presentes en una y otra parte, favoreció la búsqueda de mejores soluciones para la comunidad, que son garantizadas únicamente si el gobierno y la oposición ejercen lo mejor posible su propia función.

El Movimiento político de la unidad ve a la humanidad como un único cuerpo en el que todos los hombres pueden ser hermanos. La humanidad es, ante todo, *una sola cosa*.

Juan Pablo II hablando a nuestros jóvenes les decía:

“(vosotros) queréis escrutar el camino que hay que recorrer para alcanzar el ‘mundo unido’, con la conciencia de que tal ‘ideal’ se va haciendo ‘historia’. En verdad, esta parece la perspectiva que surge de los múltiples signos de nuestro tiempo: la perspectiva de un mundo unido”³.

El Papa dijo esto antes del 11 de septiembre. Ahora su pensamiento está reforzado, sin duda, por el gravísimo peligro del terrorismo, que exige unidad no solamente entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, sino entre los pueblos en cuanto tales y entre los grandes que los gobiernan.

Una unidad siempre en la diversidad, en la libertad, construida por personas y pueblos que sean realmente ellos mismos, portadores de su propia identidad y de su propia cultura, abiertas y en diálogo con las demás.

Y cuando sea así, se podrá finalmente conocer la paz.

En efecto, a medida que se vaya actuando, veremos realizarse sueños particulares de algunos grandes personajes de nuestra historia. Como el de Martin Luther King:

“Hoy (...) soñé que (...) los hombres cambiarán sus espadas por arados, y la guerra no será ni siquiera objeto de estudio (...). Con esta fe seremos capaces de acelerar el día en el que haya paz en la tierra y buena voluntad hacia todos los hombres. Será un día glorioso, y las estrellas cantarán todas juntas, y los hijos de Dios gritarán de alegría”⁴.

Que el Señor y nuestras obras hagan de tal modo que ese día esté cercano.

Gracias, señores, por su atención.

3 Juan Pablo II con el Movimiento de los Focolares en el Palacio de los Deportes, 31 de marzo de 1990

4 *cit.*